



MODO DE SUSCRIBIRSE.

EN MADRID: satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6, (barrio de Recoletos), se recibe á domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes *La Ilustración Universal*.

EN PROVINCIAS: remitiendo OCHO REALES en sellos, libranzas ó talones del Timbre á los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se recibe semanalmente por el correo y porte franco durante un año *La Ilustración Universal*.

El medio mas seguro y económico de remitir OCHO REALES es en talones del Timbre, que se venden en todos los estancos. De *la Ilustración Universal* se tira una edición de lujo, cuya suscripción cuesta 24 reales al año.

DIRECTOR

D. URBANO MANINI.

ADMINISTRACION

CALLE DE VILLALAR, NUM. 6. (Recoletos.)

MADRID.

PRECIO DE SUSCRICION.

UN AÑO: OCHO REALES en toda España, pagados por adelantado. Se publican cuatro números al mes.

No se admiten suscripciones por menos de un año.

UN NÚMERO SUELTO: DOS CUARTOS en toda España.

NÚMEROS ATRASADOS: UN CUARTILLO DE REAL cada uno.

Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente.

Para suscribirse, remitir OCHO REALES á los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID.

Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido acompañarán su importe.

AÑO II.

MAYO.—1879.

NÚM. 59.

LA INFANTA CRISTINA.

El lunes 28 de Abril, á las tres y veinte minutos de la tarde, falleció en Sevilla S. A. la Infanta Doña Cristina, víctima de la larga y penosa enfermedad que ya saben nuestros lectores.

Aunque prevista, la fatal nueva ha causado honda sensacion en todas las clases de la sociedad que habian mostrado un vivo interés por la angusta enferma.

Los infelices padres de la inolvidable reina Mercedes y de la Infanta Cristina en pocos años han visto desaparecer sucesivamente á cinco hijos de los siete que han tenido. La Infanta Amalia, los Infantes Luis Felipe y Fernando, luego la Reina Mercedes, y ahora la Infanta Cristina, son pérdidas terribles.

¡Quiera el cielo apiadarse de los Duques de Montpensier y conservarles largos años á la interesante Condesa de Paris y al joven Infante D. Antonio, únicos hijos que les quedan!

La Infanta Doña María Cristina Francisca de Paula de Orleans y de Borbon nació el 29 de Octubre de 1852; educada con tierna solicitud por sus augustos padres que adoraban en ella, pues era un modelo de virtudes y de talento, recibió más tarde una brillantísima instruccion que la hacia sobresalir entre todas las demás princesas



con quienes tenia frecuente trato en sus continuas escursiones á diferentes córtes extranjeras. Hablaba á la perfeccion varios idiomas; estaba al corriente de todos los adelantos científicos; era una artista consumada, y podia sostener una conversacion con los hombres encanecidos en el estudio. Los parientes y amigos íntimos la llamaban *la perla de la familia*.

Todo ha desaparecido. No queda ya más que el recuerdo de la angusta princesa, que ha muerto del mismo modo que vivió, edificando á todos por su fé cristiana, por sus infinitas virtudes, por su santa resignacion.

¡Ha muerto como mueren los ángeles!

El 30 de Abril á las once de la mañana tuvo lugar el entierro de la malograda Infanta, que fué sepultada en el panteon de familia, con todos los honores debidos á su alto rango, habiendo asistido á este triste acto todas las autoridades, títulos de Castilla y demás personajes residentes en Sevilla, vistiendo rigurosa gala con señales de luto todos los que por su categoria ó destinos usan uniforme.

Durante la exposicion en la capilla, un número extraordinario de personas acudió á visitar los restos mortales de la Infanta Doña Cristina.

[S. A. R., LA INFANTA DOÑA CRISTINA DE ORLEANS Y BORBON + EL 28 ABRIL 1879.

ACTUALIDADES

¡Todo está en alza! El precio de la carne, el del pan, el de los tubérculos que no me atrevo á llamar con su prosaico nombre de patatas, el de los proyectos de pollos, todos suben.

Los caseros elevan sus alquileres y los pisos, pero cuidando de adular la vanidad de los inquilinos, dando á los pisos cuartos y sotabancos los títulos de principales y segundos.

Suben el precio las maritornes hasta el punto de que una mala cocinera se hace pagar relativamente tanto como un tenor de primo *cartello*.

A los jornaleros les va á subir un real el salario el ayuntamiento, y todo, como se vé, tiende á ponerse en las nubes.

Con este motivo, no faltan de cuando en cuando personas que se *alcan* con los fondos públicos ó privados, y no sería extraño que se meditasen otros alzamientos.

¡Cosa más extraña! Apenas se ha decretado el diapason normal para bajar la voz á los cantantes, suben las demás cosas.

Verdad es que otras bajan.

Por ejemplo la Bolsa; las esperanzas de algunos candidatos que se han quedado en la urna, las ilusiones que el buen deseo inspira á muchos amantes de la prosperidad pública, y también la temperatura, que estos días ha bajado más de lo regular, produciendo gran número de bajas entre los habitantes de Madrid.

Lo que en vez de disminuir aumenta, es el número de suicidios. En todo lo que va de año llegan á 40 los desesperados que han atentado á su vida. Entre estos figuran tres señoritas que por cuestión de amores se han arrojado desde los balcones de sus casas á la calle.

Tiene algo de epidémico el suicidio, y los papás harán muy bien en poner cerraduras á las maderas de los balcones.

Dios haya perdonado á los desdichados suicidas, y nos prive de un espectáculo que acusa un estado moral deplorable.

Las elecciones se suceden y se parecen.

A las de diputados han seguido las de senadores, más pacíficas que las de los diputados en la forma, aunque en el fondo allá se van.

A estas seguirán las de concejales que prometen ser muy reñidas.

Los periódicos de oposicion ponen el dedo en el estómago, que es mejor que en la llaga, y dicen á los electores:

—No reelegid á los que han salido. Ya veis lo que ha pasado, en su tiempo se ha subido la carne, el pan, no cuidan de vuestros intereses. Elegid á nuestros amigos... esos, esos sí que serán buenos. En caso de carestía, habrá quien dé su carne y hasta quien se volverá patata, para que estos artículos no falten ni encarezcan.

Pero como la cuestión es de *trigo* y no se ignora aquello de dame un grano de trigo y llámame gorrión, los electores harán lo que les dicte su conciencia.

Dura el período electoral y no pueden hacerse alteraciones en el personal de los funcionarios de la administración. Lo que no quita para que las vacantes se las disputen los que á toda costa quieren ser candidatos á algo que produzca. Por ejemplo, noches pasadas falleció repentinamente en el casino un consejero de Estado. Antes que su familia lo supiera ya se movían unos cuantos aspirantes á la herencia.

Y en cuanto acabe el período electoral habrá lo que se llama contradanza de gobernadores.

Esto sucede siempre, y es un acto de caridad que ejercen los gobiernos con los interesados.

Los preparativos para solemnizar las ferias próximas continúan. La sociedad protectora de animales y plantas está desplegando gran celo é inteligencia en el desarrollo de su proyecto de Exposición de aves y flores.

La inauguración será solemne.

Un pollo decía la otra noche á una linda señorita:

—La voy á exponer á Vd.

—¿Pues qué soy flor ó ave?

—Las dos cosas á un tiempo.

—¿De veras?

—Cuando calla V. es un ramo de flores, y cuando habla un ave que gorjea.

Ya ven ustedes cómo la sociedad no solo protege, sino que inspira madrigales.

La feria tendrá un atractivo más este año.

La causa de doña Baldomera se verá en la Audiencia del 15 al 20.

Los adormecidos recuerdos se despertarán; y los víctimas de aquí y los curiosos de las provincias querrán asistir al acto.

Romería de San Isidro, Ferias, Exposición de pájaros y flores y vista de la causa de doña Baldomera... ¡ah! y elecciones de senadores y de concejales.

¡Qué mes de Mayo!

Mientras llegan estos sucesos estendamos la vista por el extranjero y recojamos algunos ecos de actualidad.

Un pintor de París, artista de talento, pero muy desgraciado, Mr. Mouchot, se ha vuelto loco hace muy pocos días. Después de haber presentado en la Exposición algunos cuadros de verdadero mérito, á fuerza de buscar la perfección, había llegado, como suele decirse, á perder la brújula, y deseoso de atender á las necesidades de su esposa y sus dos hijos, solicitó la cátedra de dibujo en la Escuela Politécnica que había quedado vacante. Al mismo tiempo que él se presentaron un centenar de aspirantes. El día en que debía resolverse su porvenir, el artista se mostró más abatido y anonadado que nunca; esperaba la solución con febril ansiedad. Al anocheecer se presenta en su casa uno de sus amigos. La expresión de su rostro hace adivinar al pintor que sus pretensiones no han podido realizarse. En efecto, su amigo, profundamente conmovido, le refiere que ha sido negada su solicitud. El pobre Mouchot lanza un grito terrible, y cae desplomado sobre una silla. En aquel instante, otro amigo suyo se presenta radiante de alegría. Con alborozo anuncia á Mouchot que ha sido nombrado profesor de dibujo. Ya era tarde. El sacudimiento que había sufrido el pobre artista había trastornado su juicio; estaba loco, y loco furioso.

Casi todos los pintores de París han abierto una suscripción para atender á las necesidades de su desgraciada familia, y costear á su camarada la estancia en un manicomio.

No solo los alcaldes de España se ven obligados, gracias al poco caso que hacen de los maestros de escuela, á escribir de cuando en cuando, como suele decirse vulgarmente, con los pies. También en Francia hay alguno que otro que anda á la greña con el sentido común. Uno de estos ha dirigido á un prefecto la siguiente carta que publica el *Pigaro*:

«...El dicho mulo, en el camino de Bagneres, al pasar por un puente, naturalmente miedoso, dió un salto y cayó en un barranco, cuya muerte fué instantánea.»

Continúa siendo asunto de todas las conversaciones el famoso revolucionario Blanqui, elegido diputado en Francia, á pesar de estar preso.

Todos los periódicos cuentan anécdotas referentes á su agitada vida.

Pero como este personaje es hoy del dominio político, voy á contar la aventura de otro revolucionario, del famoso Lasalle, antiguo jefe del socialismo de Alemania.

La anécdota que á él se refiere entra más en el cuadro de mi revista.

La primera vez que fué á París se presentó en casa de una señora distinguida á la que iba muy recomendado. —El criado abrió la puerta, el forastero le dió la tarjeta y le condujo, después de leerla, á un gabinete.

—Tome Vd. asiento, —le dijo, —la señora vendrá en seguida.

Poco después se abrió la puerta y apareció una señora vestida como de mañana, con los pies desnudos, aunque aprisionados por unas babuchas.

—Celebro que venga Vd., —dijo al forastero con la mayor naturalidad. Y sentándose en una banqueta, se descubrió un pie y le colocó sobre una de las rodillas de Lasalle.

Sorprendido éste, recuerda sin embargo, que en Alemania había la costumbre de besar la mano á las señoras, y creyendo que esta costumbre se aplicaba al pie en Francia, no vaciló en besar el que le ofrecía, exclamando: —Celebro esta manera de entrar en relaciones con Vd., que me parece una costumbre encantadora. —La señora indignada retiró el pie, le calzó, y levantándose, exclamó con acento de disgusto:

—¿Pero quién es Vd.? Yo le he tomado á Vd. por el callista; vea Vd. su tarjeta.

Lasalle vió entonces que, en efecto, se había equivocado, y que por entregar su tarjeta al doméstico, le había entregado la de un callista que había ido por la mañana á su hotel á ofrecerle sus servicios.

A esto siguió una explicación, y la dama aristocrática y el revolucionario fueron después muy buenos amigos.

Concluyamos.

A cuánta distancia nos hallamos de la poética frase: *¡Contigo pan y cebolla!*

Una señorita muy distinguida se había visto solicitada por un joven, que según todas las noticias, poseía una inmensa fortuna. El aspirante fué acogido por la bella con las mayores muestras de cariño y entusiasmo. Hacían los preparativos para la boda, y el galán, delirante de amor, creyendo que en el afecto que le manifestaba sólo había un sentimiento delicado y purísimo, cayendo á sus pies exclamó: ¿con que es verdad que me amas?

—¡Con toda mi alma!

—¿Y me amarás del mismo modo?

—¡Siempre...! ¡siempre!

—Pues entonces no vacilo; voy á decirte toda la verdad. La fortuna que me atribuyen no es cierta. Soy pobre; completamente pobre...

—¡Pues me gusta la broma! —dijo la bella cambiando de tono. —Ya puede Vd. irse por donde ha venido y no volver á acordarse del santo de mi nombre. —*¡Só cursi!*

¡Si le amaría la bella!

ELECCIONES Y FERIAS.

(Bocetos de malas costumbres.)

Cartas que á LA ILUSTRACION

Nos dirige una persona

De muy buena posición,

Que á juzgar por su intencion

Rivaliza con Cardona.

Desde esta villa de Pego,

Patria de tanto mortal

Como echándole á cualquiera

Vive y bebe sin penar,

Escribo á Vd. «Don Urbano»

Este romancillo en A.

Para darle pormenores

De la lucha electoral

A que la cuestion política

Nos obligó una vez más.

Creo inútil advertirle,

Porque Vd. lo supondrá,

Que desde que de elecciones

Oímos por aquí hablar

Supusimos que el distrito

Iba á ser el ideal

De cuantos faltos de todo,

Inclusos casa y hogar,

Se presentan candidatos

De opinion ministerial,

Por si el tonto que les cree

Consigue hacerles triunfar.

Así pensamos entonces

Y hoy ninguno probará

Que no pensábamos bien

Con tal modo de pensar.

Cayeron sobre el distrito

Cien candidatos ó más,

Y allí fué el llover programas.

Y el ofrecer, y anunciar
Reformas, mejoras públicas,
Aumentos del capital
De la industria y del trabajo,
Tanto en la localidad
Como en cuantas cuenta España
Careciendo hasta de pan.
Tan allá fué el prometer,
Fué el ofrecer tan allá,
Que hubo hasta quien ofreció
A este pobre sacristán
El Patriarcado de Indias
Si le llegaba á votar.
Y á este tenor, las ofertas
Fueron tan serias y tan
Juiciosas, que casi, casi,
De todas la mas formal
Fué la que hizo un candidato
Al hijo de mi papá,
Al verme de puro débil
Trasparente como el gas,
Díjome, y lo dijo sério:
«Si usted me vota, don Juan,
Me comprometo á nutrirle
Y cambiar su humanidad
Acumulando á sus carnes
Las de Queipo y Carvajal.»

Llegó al fin el día veinte
Y aquí esperándose está
A que digan los periódicos
De Madrid, quién fué el mortal
Que logró salir triunfante,
A fuerza de ofrecer más.

Daré á Vd. cuenta en seguida
Que hubiese algo de contar,
De la dicha prometida
A los de este buen lugar.»

II.

«Carta que desde la corte
Envía Tristan Miseria
Por el correo del Norte
A su amigo Blas Recorte
Invitándole á la feria.»

—«Madrid, de noche,

Abril y veinte.
Mil ochocientos
Setenta y nueve.
Mi Blas amigo,
Si en algo tienes
Las emociones
Que aquí se ofrecen
Al que sin cuartos
Desea verse,
No pierdas tiempo,
A Madrid vente
Llena la bolsa
De oro y billetes,
Que ya la feria
Con sus placeres,
Solaz y encantos
Doquier te ofrece.
Mas ten en cuenta
Por si te vienes
Que aquí vivimos
Como Dios quiere.
Porque es tan negra
Nuestra ruin suerte
Que todo sube
Soberbiamente.
Sube la carne
Sube el aceite,
Sube el casero
Los alquileres.
Y al que pan compra
Sin que lo pese,
En cada libra
Le roban siete.
Verdad que en cambio
La corte ofrece
Cada semana
Nuevos deleites.
Mal alumbrado,
Malos agentes,
Y un pavimento
Tan blando y muelle,
Que el pobre diablo
Que aquí se mueve
¡Que es decir callos!

A los dos meses

Vé caracoles

En sus juanetes.

Con que si gustas

Pasar alegre

El mes de Mayo

Que es más solemne,

No pierdas tiempo

A Madrid vente;

Llena la bolsa

De oro y billetes,

Que ya la feria

Con sus placeres,

Solaz y encantos

Doquier te ofrece.»

EDUARDO SACO.

POMPEYA

LA CIUDAD DESENTERRADA

NOVELA HISTÓRICA

(Continuación.)

Yo continué inmóvil, horrorizándome de antemano de la escena que iba á presenciarse.

Las hechiceras se desembarazaron de sus pallas.

Celenia sacó de una pequeña bolsa que pendía de su cintura, dos instrumentos iguales, de forma extraña, y dió uno de ellos á Lámbia.

Ambas se acercaron á un cadáver, y con aquellos instrumentos le hicieron profunda cortadura en el pecho.

Celenia le extrajo el corazón, que depositó, goteando sangre, sobre el pavimento.

Lámbia hizo lo mismo con los ojos.

Después, entre ambas, le arrancaron el pñalo y las entrañas, que pusieron asimismo en el suelo.

¡Aquella horrible profanación me causaba vértigos!

—¡Hermoso mancebo era este!—exclamó Celenia, señalando el cadáver profanado.—¡Yo reparé en sus formas gallardas, cuando defendiéndose de aquel gladiador gigantesco, procuraba suplir con su agilidad lo que le faltaba de fuerzas!

Lástima es que haya muerto!...

Veamos este otro.

Empezaban ya las espantosas viejas á abrir el pecho de otro cadáver, cuando Rufus Alconius, á quien sin duda el exceso del dolor había tenido privado de sentido hasta entonces, exhaló una débil queja.

—¿Has oído?—preguntó Lámbia incorporándose.

—Sí,—contestó su compañera,—nada tendria de particular que entre tantos muertos, hubiera alguno que aún respirase.

—Veamos.

Y ambas se dirigieron á Rufus Alconius, que estaba á mi lado.

Al ver venir hacia mí aquellas terribles harpías, que entonces no me parecieron tan viejas ni encorvadas como al principio, me helé de terror hasta la médula de los huesos.

Ambas comenzaron á hacer preguntas á Rufus, pero inútilmente; este no podia contestarlas.

Gracias á los dioses, aquel desventurado estaba en la agonía, y pronto dejaría de sufrir.

Debi hacer entonces algun leve movimiento, que no pasó desapercibido para Celenia; porque esta dijo, aproximándose á mí, posando una de sus manos en mi espalda:

—Aquí hay otro que aún respira.

¡Verdaderamente que es una crueldad, el dejar que estos hombres agonicen de este modo!

Estas palabras de compasión en boca de aquella vieja cruel, á la cual acababa de ver despedazar impasiblemente un cuerpo humano, me inspiraron un pensamiento.

—Si esta mujer cree que estoy próximo á espirar,—me dije á mí mismo,—va á emplear conmigo el cortante instrumento de que tan bien sabe servirse, creyendo hacerme un beneficio.

Preciso es, por lo tanto, dar á conocer que no me hallo herido ni moribundo.

Y con la prontitud que requerian las apremiantes circunstancias en que me hallaba, me puse en pié á la vista de las admiradas hechiceras.

Ambas lanzaron un grito de espanto.

—No os asustéis,—les dije,—que no es mi ánimo haceros el menor daño.

—¿No estás herido?—me preguntó Celenia con muestras del mayor interés.

—¡No, gracias al cielo!—le contesté.

En seguida, á fin de salir de la situación en que me encontraba, les referí los terribles sucesos de aquel día.

Con la mayor atención escucharon mi relato, y más de una vez las compasivas exclamaciones de Celenia me obligaron á interrumpirle.

Cuando hube terminado, la vieja se dirigió á su compañera, diciéndole con precipitación:

—¡Es preciso sacarlo al instante de aquí! ¡Pobre joven!

—¿Pero á nosotras qué nos importa?—replicó Lámbia.—Eso es asunto de Cornelius, y me extraña...

—Oyeme,—continuó Celenia.—Deseo sacarlo de estos lugares, porque...

Y después de pronunciar estas palabras, se puso á hablar al oído de Lámbia.

La compasión de aquella mujer me causaba un terror indecible.

Cuando terminaron la misteriosa conferencia, que sólo duró breves momentos, Lámbia se encogió de hombros, diciendo lacónicamente:

—Como gustes, hermana.

Celenia entonces me tomó de la mano, y abriendo la puerta del spoliario, que sólo estaba entornada, penetró conmigo en un oscuro y torcido corredor, que parecía conocer perfectamente.

Al final de aquel corredor había otra puerta, entornada también, y habiéndola empujado, nos encontramos en el campo.

Era de noche, y algunas estrellas brillaban con luz fulgurante.

Un aire fresco y perfumado vino á refrescar mi frente.

—Sígueme,—dijo Celenia.

Y echó á andar con una rapidez superior á sus años.

Yo la seguí sin replicar, y ambos nos internamos en un bosquecillo de cedros que existió en las inmediaciones de la ciudad.

CAPÍTULO XI.

La cueva de la hechicera.—El negro y la serpiente.—De sorpresa en sorpresa.

La impaciencia de Celenia porque llegáramos á un lugar que yo no conocía era tan marcada, que á cada instante volvía la cabeza para decirme que avivase el paso.

El suyo era cada vez más rápido, y en su cuerpo, algunos momentos antes sumamente encorvado, se había operado una notable transformación.

Cuando llegáramos á algun claro del bosquecillo podia observar esta circunstancia, y sin su rostro horrible y surcado de profundas arrugas, hubiera creído que era una mujer joven y gallarda.

Al salir del bosque penetramos en una tortuosa vereda que conduce á Herculano, y entonces vine en conocimiento del lugar á donde Celenia encaminaba sus pasos.

Este lugar era una negra y profunda cueva que existía al lado de la vereda. En ella tenían su habitual morada las dos hechiceras, cuyos célebres vaticinios gozaban de gran estimación entre los pompeyanos.

(Se continuará.)

ANTONIO DE SAN MARTIN.

OBRA NUEVA.

EL SUPPLICIO DE MARÍA ANTONIETA.

(CRÓNICA DEL 93.)

POR

ALEJANDRO DUMAS.

Para dar á nuestros lectores una idea de la preciosa obra que acabamos de publicar, copiamos á continuación uno de sus capítulos.

CAPÍTULO XXI.

El sacerdote y el verdugo.

No bien hubo entrado la reina en la prisión,

de vuelta del tribunal, cuando cogió unas tijeras y se despojó de sus sedosos cabellos. Hecho esto, los guardó en un papel, sobre el cual trazó estas palabras:

«Para que mi hijo y mi hija los repartan entre sí.» Y se sentó; o por mejor decir, se dejó caer en un sillón.

El interrogatorio, que había durado siete mortales horas, aburrió de tal modo a la acusada, que, apenas se vio sola y en tan muelle asiento, se durmió profundamente.

A las siete hubo de despertarla el ruido particular que producía el biombo al abrirse, y vio delante de sí a un hombre desconocido.

—¿Qué ocurre?—le preguntó.

El desconocido se aproximó a ella, y después de haberla saludado como si fuera la persona más común, le contestó:

—Soy Sansón.

Extremecióse la reina, y saltó de su sillón. Aquel nombre solamente, decía para ella mucho más que un discurso infinito.

—Es temprano todavía,—dijo la reina;—¿no podríais aguardar un poco más?

Sansón le contestó:

—No puedo: la orden es terminante, y se ha de cumplir en el acto.

Diciendo esto, dió un paso hacia la acusada. Todo, en semejante hombre y en tan fatal momento, era significativo y espantoso.

—¡Oh!—exclamó la reina:—¿venís á despojarme de mi cabellera?

El ejecutor le contestó:

—Es indispensable.

—Previ lo que me iba á suceder, y por ahorrarme la incomodidad... mi cabellera está sobre aquella mesa; y mi última voluntad es que en esta misma tarde se la entreguéis á mis queridos hijos.

Sansón le contestó.

—Eso no me incumbe.

—Con todo, creía...

—Los gajes de mi oficio no son más que los despojos de las personas... sus vestidos y alhajas, y esto, en caso de que me las den generosamente; pues si no, por un decreto de la junta de salvación pública, deben conducirse á la Salitrería para distribuirlos entre los pobres de los hospitales.

—Y qué!... ¿mi cabellera no será entregada á mis hijos?

Sansón guardó silencio.

—Por mi parte,—dijo Gilberto,—haré cuanto pueda para que se cumpla vuestra voluntad.

La reina tendió al gendarme una mirada de indecible gratitud.

Sansón, sin curarse de ello, dijo:

—Solo venia á despojaros de vuestros cabellos; pero habiéndolos anticipado, puedo dejaros sola, si gustais, todo el tiempo que hubiera invertido en esta operación.

—¡Oh, sí!—contestó la reina:—dejadme implorar la asistencia divina.

Sansón, saludándola con un movimiento de cabeza, salió de la habitación.

Mientras que la reina se ponía de rodillas sobre una silla más baja que las demás, y que hacia las veces de reclinatorio, ocurría en el presbiterio de la iglesia de San Landry, en la Cité, una escena de distinto género, pero no menos terrible.

Estando levantándose el cura de la parroquia, y su ama preparándole el desayuno, se sintieron furiosos golpes á la puerta del presbiterio.

Una visita repentina é inesperada en casa de un sacerdote hoy en día, como siempre, revela un suceso de importancia: generalmente es cosa de bautizo, de casamiento *in extremis* ó de confesión *in articulo mortis*; pero entonces podía revelar otra cosa de mayor gravedad. En aquella época, el sacerdote no era mirado como el delegado de Dios, sino como un ministro sujeto á dar cuenta de sus acciones á los hombres que á ello le obligaban.

Sin embargo, el cura de San Landry era uno de los que menos tenían que temer, pues había jurado la Constitución atendiendo más bien á su conciencia y probidad que á su orgullo y espíritu religioso. Admitía, sin duda alguna, la posibilidad de progresos en el gobierno, y se lamentaba de los abusos que en nombre del poder divino se cometían á todas horas; así que, fiel á su Dios, aceptó la fraternidad del gobierno republicano, y juró no apartarse jamás del cumplimiento de sus sagrados deberes.

—Jacinta,—dijo al sentir los golpes,—vé quien llama tan temprano. Oye: si acaso vienen por mí para una cosa perentoria, contesta que en el acto voy á marchar á la Conserjería en virtud de una orden terminante.

El ama del cura, que en otro tiempo se llamaba Magdalena, cambió este nombre por el de una flor, á imitación de su amo, que había trocado el de cura por el título de ciudadano.

Bajó, pues, y apenas abrió la puerta, vio entrar á un joven tan pálido como azorado, pero de agradable y expresiva fisonomía.

—¿Está el señor abate?—preguntó al entrar.

Jacinta, después de haber observado el desaliño de los vestidos y el temblor convulsivo de las manos del joven, concibió cierta desconfianza, y con frialdad le respondió:

—Aquí no hay ningún señor, ni vive ningún abate.

—¡Ah! dispensadme, señora,—exclamó el joven:—quise preguntar por el cura de la parroquia de San Landry.

La palabra *señora*, que en aquel tiempo se hubiera rehusado á una emperatriz, conmovió á Jacinta, y sin embargo contestó:

—No está visible, ciudadano: está con sus rezos.

—Esperaré que concluya.

El ama del cura, á quien aquella resolución corroboraba el mal concepto que al primer golpe de vista había formado del joven, le replicó:

—Será en vano: acaba de recibir orden de marchar á la Conserjería y vá á cumplirla en el acto.

Al oír esta contestación, el joven se inmutó y en voz baja exclamó:

—¡Era cierto!

En seguida alzando la voz dijo:

—Precisamente esa es la causa de mi venida á casa del ciudadano Girard.

Y despreciando las amenazas de Jacinta, el joven corrió los cerrojos de la puerta y penetró hasta la habitación del abate, quien, al verle, se sorprendió extraordinariamente.

El joven, anhelando reparar la falta cometida, le dijo:

—Dispensadme mi libertad, señor cura; quiero hablaros de un negocio importante... haced que nos quedemos á solas.

Hombre experimentado el abate, al primer golpe de vista comprendió, por los signos exteriores, la violenta pasión de que era víctima el joven que venia á buscarle, y dirigiéndose á su ama, le dijo:

—Retírate, Jacinta.

El intruso acompañó con su impaciente vista á Jacinta, que, acostumbrada á que su amo no tuviera secretos para ella, andaba reacia en cumplir su orden; pero al fin obedeció y cerró la puerta.

Entonces el joven, acercándose al cura, le dijo:

—Señor, sin duda queréis saber quién soy; voy á deciroslo: soy un proscrito, un condenado á pena capital, que solo vive por su audacia... soy el caballero de... Rougeville.

Extremecióse el cura y saltó de su sillón.

El caballero prosiguió:

—Desechad todo temor: nadie me vió entrar en vuestra casa; y aun cuando así no fuera, nadie me hubiera reconocido, pues en dos meses he sufrido una transformación notable.

—Concluyamos. ¿Qué se os ocurre, ciudadano?—preguntó el abate.

—¿Es cierto que vais á marchar á la Conserjería en este momento?

—Sí; el conserje me ha hecho llamar.

—¿Y para qué?

Supongo que será para confesar á algún enfermo, ó para auxiliar á algún moribundo ó sentenciado.

—Así es la verdad, sí; una persona sentenciada os está aguardando.

Sobrecogióse el anciano abate, y examinó con su vista al caballero.

Este prosiguió:

—¿Pensáis quién sea la persona sentenciada?

—Yo, no.

—¿Pues es la reina!

—¡La reina! ¡gran Dios! ¡la reina!

Horrorizóse el abate y lanzó un grito desgarrador.

—¡La reina! ¡gran Dios! ¡la reina!

—¡Sí, señor cura; la misma reina! Pues bien; habiendo averiguado quién era el sacerdote nombrado para auxiliarla, y sabiendo que érais vos, me apresuré á venir.

El anciano sacerdote, conmovido por la lúgubre voz del joven, le dijo:

—¿Y qué pedis de mí?

—Pido... no pido nada; señor abate; yo os ruego... os suplico, os imploro con el mayor fervor...

—¿Qué? ¡Acabad!

—Que me permitais acompañaros hasta los pies de la reina.

—¡Habeis perdido el juicio! ¿No veis que nos perderíamos los dos miserablemente?

—No temais!

—La reina está sentenciada y no hay remisión.

—Ya lo sé; no anhele verla para salvarla, sino para... Mas prestadme atención, señor abate... ¿Me la rehusais?

—Sí; os la rehuso, porque me exigís un imposible; os la rehuso, porque habeis perdido el juicio, y sobre todo, porque me llenais de asombro.

El caballero, esforzándose para recobrar alguna calma, le dijo:

—No, padre mío; ni perdí el juicio, ni debo asombraros. Sé muy bien que S. M. está perdida; más permitidme llegar á arrojarle á sus pies un minuto nada más, pues esto me basta para salvar mi vida; si no la veo, estoy resuelto á arrojarme, y vos sereis la causa de la muerte de mi cuerpo y de la perdición de mi alma.

El sacerdote le contestó:

—Reflexionad, hijo mío, que me exigís el sacrificio de mi existencia, que, aunque vieja y débil todavía, es muy necesaria á muchos infelices. ¿No conocéis que si yo corriera tras de una muerte cierta, cometería un suicidio á pesar de mi ancianidad?

—No rehuséis, padre mío; vos tenéis necesidad real ó aparente de un acólito; llevadme, pues, con vos, y haré las veces de tal.

El abate, se esforzó por recobrar su firmeza, que por grados sentía debilitarse, y contestó:

—No; si accediera á vuestra solicitud faltaría á mis deberes; presté mi juramento á la Constitución, y lo hice con alma y con conciencia. La infeliz mujer condenada es una reina culpable. Daré mi vida, si se necesita, para salvar á cualquiera de mis semejantes; pero faltar al cumplimiento de mis deberes... eso, ¡jamás!

El caballero, tenaz en su propósito á pesar de tan franca negativa, replicó:

—Os digo, os aseguro, os juro que no es mi intento salvar á S. M. Diré más; sobre los Evangelios, sobre este crucifijo empearé mi palabra, mi juramento, de que no voy á la Conserjería con siniestros designios, ni aun para impedir la muerte de la reina.

El anciano sacerdote, condolido de los profundos padecimientos del caballero, le preguntó:

—Siendo así, ¿qué me pedís?

—Que me escuchéis; la reina me dispensó muchos beneficios, y será de gran consuelo para ella tener en su última hora una prueba de mi reconocimiento.

—¿Y es eso todo?

—Todo.

—¿Me respondeis de que esta entrevista no forma parte de alguna trama para salvar á la reina?

—Sí respondo: soy cristiano, y si hay en mi corazón doblez ó engaño en lo que os digo; si trato de salvarla; si trabajo para el efecto bajo ninguna forma, que el Sér Supremo lance sobre mi alma su eterna maldición.

El abate, durante las protestas del marqués, reflexionó los enormes peligros á que le exponía su condescendencia, y le contestó:

—No, no; nada puedo prometer, porque nada puedo cumplir.

El marqués, con el acento más compungido le replicó:

—Padre mío, escuchadme: os hablé con la mayor sumisión: no os demostré sino sentimientos cristianos y caritativos... ni una palabra dura, ni la más simple amenaza me permití dirigiros; y sin embargo, mi sangre hierve, la desesperación me desgarró el alma y vengo armado de un agudo puñal. ¡Vedle!

El caballero metió la mano en su seno y sacó una hoja fina y brillante, que despidió un pálido reflejo en su convulsa mano.

Asustóse el abate y retrocedió maquinalmente.

El marqués, dirigiéndole una triste sonrisa, le dijo:

—No me temais; otro, en mi lugar, arrancaría á vuestro miedo un juramento, sabiendo, como yo sé, cuán grande es vuestra exactitud en el cumplimiento de las palabras que empeñais. Pero yo, lejos de servirme de semejantes medios, vuelvo á suplicaros con doble encarecimiento: haced que yo vea á la reina un momento nada más, y si quereis garantía, tomad.

Diciendo esto, sacó de su bolsillo un billete que pasó á las manos del abate.

Girard le abrió y leyó las palabras siguientes: «Yo, Renato de Rougeville, declaro, así en nombre de Dios, como en el de mi honor, que forcé al honorable cura de San Landry, con amenazas de muerte que le hice, á introducirme en la Conserjería contra todo su despescho. En fé de lo cual, y como testimonio verdadero de su inculpabilidad, lo firmo.—El marqués de Rougeville.»

—Bien está; pero empeñadme vuestro juramento de no cometer imprudencia alguna. Para mi conciencia no es suficiente salvar mi vida; debo también salvar la vuestra.

El marqués le contestó:

—Dejémosnos de eso: ¿consentís al fin?

—Es forzoso... ¡tanto os obstináis! Aguardadme, pues, en la portería: os prometo que á su paso para la alcaldía tendréis lugar de ver á la reina.

El caballero cogió la mano del sacerdote y la besó con tanto fervor y veneración como poco antes besara el crucifijo, y murmuró:

—¡Oh!... ¡La reina morirá como reina, y no la manchará la mano del verdugo!

...

...

EL SUPPLICIO DE MARIA ANTONIETA forma un elegante tomo encuadernado á la rústica. Se vende en todas las librerías, al precio de UNA PESETA en toda España.

Puede tambien adquirirse remitiendo CUATRO reales en talones, del Timbre, libranzas ó sellos de correos, á los señores Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, Madrid, y á correo seguido se recibe un ejemplar, franco de porte.

...

...

MADRID: Imprenta de Diego Valero, Soldado, 4.